

17. Dad al Señor la gloria debida a su nombre

Review and Herald, 11 de enero de 1906

«El que se gloria, gloriése en el Señor.» (2 Corintios 10:17)

«Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien el Señor alaba.» (2 Corintios 10:18)

Desde el día en que a Salomón se le confió la obra de construir el templo hasta el momento de su finalización, su propósito declarado fue construir...

«...una casa para el nombre de Jehová Dios de Israel.» (1 Reyes 8:17)

Este propósito fue plenamente reconocido ante Israel reunido durante la dedicación del templo. En su oración, él reconoció que Jehová había dicho:

«Mi nombre estará allí.» (1 Reyes 8:29)

Una de las porciones más conmovedoras de la oración dedicatoria de Salomón es su súplica por los extranjeros que vendrían...

«...de lejanas tierras a causa de tu nombre;» (1 Reyes 8:41)

«porque oirán de tu gran nombre, y de tu mano fuerte, y de tu brazo extendido.» (1 Reyes 8:42)

En favor de todo extranjero que...

«...venga y ore hacia esta casa,» (1 Reyes 8:42)

Salomón suplicó al Señor:

«Oye tú en los cielos, en el lugar de tu morada, y haz conforme a todo aquello por lo cual te rogare aquel extranjero; para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, y te teman como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que he edificado.» (1 Reyes 8:43)

Al finalizar los servicios, Salomón exhortó a Israel a ser fiel y verdadero a Dios, para que...

«...todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro alguno.» (1 Reyes 8:60)

El templo de Jehová era una maravilla de riqueza y gloria, sin igual por ninguna obra de arte humana. Uno mayor que Salomón fue el diseñador de este edificio; la sabiduría y la gloria de Dios se revelaron allí. Aquellos que no conocían la fuente de la sabiduría de Salomón naturalmente admiraban y alababan al agente humano; pero el rey rechazó cualquier honor por la concepción y la erección de una estructura tan magnífica.

La reina de Sabá, al concluir su visita a Jerusalén, se vio impulsada por lo que había visto y aprendido, no a ensalzar a Salomón, sino a exclamar:

«Bendito sea Jehová tu Dios, el cual se agradó de ti para poner-te en el trono de Israel; por cuanto Jehová ha amado siempre a Israel, por eso te ha hecho rey, para que hagas juicio y justicia.» (1 Reyes 10:9)

Esta es la impresión que Dios quiso que se causara en todos los pueblos. Y cuando...

«...toda la tierra procuraba la presencia de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón,» (1 Reyes 10:24)

—el rey continuó por un tiempo, con reverencia, dirigiéndolos al Creador de los cielos y de la tierra, al Gobernante del universo, al Omnisabio. El nombre de Jehová fue honrado, y su santo templo fue considerado con reverencia.

Salomón sucumbe a la adulación

¡Si Salomón se hubiera mantenido humilde, si hubiera continuado desviando la atención de los hombres de sí mismo a Aquel que lo había dotado de sabiduría, riquezas y honor, qué historia podría haber sido la suya!

Pero la pluma infalible de la inspiración, mientras registra sus virtudes, también da fiel testimonio de su caída. Elevado a la cúspide de la grandeza y rodeado de los dones de la fortuna, Salomón se mareó, perdió el equilibrio y cayó. Constantemente ensalzado por los hombres del mundo por su sabiduría insuperable, al final no pudo resistir la adulación.

El don del cielo, la sabiduría que Dios le había confiado y que siempre debió haber sido usada para glorificar al Dador, llenó a Salomón de orgullo. Olvidó que el hombre, en humildad, debe revelar reverencia constante hacia Dios.

Al igual que el tabernáculo, el templo había sido construido de acuerdo con las especificaciones divinamente dadas. Y fue por la bendición del Señor que el pueblo pudo dar y preparar el material necesario. Todos los servicios del templo fueron divinamente instituidos.

Y, sin embargo, el honor fue desviado de Dios y dado a Salomón. Finalmente, permitió que los hombres hablaran de él como el más digno de alabanza por el esplendor inigualable del edificio que había sido planeado y erigido para el honor de...

«...el nombre de Jehová Dios de Israel.» (1 Reyes 8:17)

Así fue como el templo de Jehová llegó a ser conocido en todas las naciones como el "templo de Salomón". El agente humano había tomado para sí la gloria que pertenecía a...

«...el Alto, más alto que el altísimo.» (Eclesiastés 5:8)

Incluso hasta el día de hoy, la casa de la que Salomón había declarado al Señor,

«Esta casa que he edificado es llamada por tu nombre,» (2 Crónicas 6:33)

—es mencionada con mayor frecuencia, no como el templo de Jehová, sino como el "templo de Salomón".

El ejemplo de Daniel

El camino seguido por Daniel, a quien Dios dio...

«...conocimiento e inteligencia en toda enseñanza y sabiduría,» (Daniel 1:17)

—está en marcado contraste con el camino seguido por Salomón durante los últimos años de su reinado. En la vida de Daniel, el deseo de glorificar a Dios fue el más poderoso de todos los motivos. Se dio cuenta de que al estar en presencia

de hombres de influencia, el no reconocer a Dios como la fuente de su sabiduría lo habría convertido en un mayordomo infiel.

Y su constante reconocimiento del Dios del cielo ante reyes, príncipes y estadistas, no restó ni una pizca a su influencia. El rey Nabucodonosor, ante quien Daniel honró tan a menudo el nombre de Dios, finalmente se convirtió por completo y aprendió a...

«...alabar, engrandecer y glorificar al Rey del cielo.» (Daniel 4:37)

Y hasta el final de su carrera, Daniel honró a Dios.

Dadle gloria a Él

«Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo,» (Apocalipsis 14:6)

«diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria...» (Apocalipsis 14:7)

En relación con cada aspecto de la obra de Dios en la tierra hoy, el Nombre que está sobre todo otro nombre debe ser honrado. El ministerio del evangelio, la obra editorial, la obra médico-misionera, la obra educativa —todas son de origen celestial. Ninguna de estas líneas de servicio ha sido originada o perfeccionada por ningún ser humano.

Dios ha dado la sabiduría que ha hecho posible el rápido desarrollo de cada departamento de su causa. Que ningún hombre tome para sí la gloria que pertenece solo a Dios. Que ninguna línea de trabajo, ninguna institución, lleve un nombre que desvíe el honor de Dios hacia algún hombre o grupo de hombres. Recordemos que el hermoso templo que fue erigido para el honor de...

«...el nombre de Jehová Dios de Israel,» (1 Reyes 8:17)

—llegó a ser conocido, por la apostasía del constructor, como el "templo de Salomón". Dijo el gran apóstol Pablo:

«Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios.» (1 Corintios 4:1)

«Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.» (1 Corintios 4:2)

Que cada obrero entienda que mientras se esfuerza por hacer avanzar la gloria de Dios en nuestro mundo, ya sea que esté ante cristianos o infieles, campesinos o príncipes, debe poner a Dios en primer lugar, en último lugar y como lo mejor en todo. El hombre no puede mostrar mayor debilidad que al permitir que los hombres le atribuyan el honor por dones que son celestiales. Dios debe ocupar el lugar más alto. La sabiduría mundana de los hombres más grandes es necedad para Él. El verdadero cristiano exaltará el nombre del Señor. Ningún motivo ambicioso enfriará su amor por Dios; constante y perseverantemente hará que el honor redunde en su Padre Celestial.

«Se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.» (1 Corintios 4:2)

Cuando somos fieles en dar a conocer a Dios, nuestros impulsos estarán bajo supervisión divina, y tendremos un crecimiento constante, espiritual e intelectualmente. Es solo el poder de Cristo el que puede dar éxito al agente humano. Dios ha dado talentos a cada hombre, para que su nombre sea exaltado; no para que el hombre sea alabado y elogiado, honrado y glorificado, mientras el Dador es olvidado. Que los que le rodean vean que usted da la gloria a Dios. Que el yo sea crucificado; que Dios aparezca.

El ejemplo de Jesús

Jesús, nuestro divino Maestro, siempre exaltó el nombre de su Padre Celestial. Él enseñó a sus discípulos a orar:

«Padre nuestro que estás en los cielos, Santificado sea tu nombre.» (Mateo 6:9)

Y no debían olvidar reconocer:

«Tuyo... es la gloria.» (Mateo 6:13)

Tan cuidadoso fue el gran Sanador en dirigir la atención de sí mismo a la fuente de su poder, que la multitud asombrada,

«...cuando vieron a los mudos hablar, a los cojos andar, a los ciegos ver,» (Mateo 15:31)

–no le glorificaron a Él;

«...glorificaron al Dios de Israel.» (Mateo 15:31)

En su maravillosa oración ofrecida justo antes de la crucifixión, declaró:

«Yo te he glorificado en la tierra.» (Juan 17:4)

«Glorifica a tu Hijo, [suplicó,] para que también tu Hijo te glorifique a ti.» (Juan 17:1)

«Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo sí te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste.» (Juan 17:25)

«Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos.» (Juan 17:26)

«Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas.» (Jeremías 9:23)

«Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas me agradan, dice Jehová.» (Jeremías 9:24)

«Alabaré el nombre de Dios... y lo engrandeceré con alabanza.» (Salmos 69:30)

«Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder.» (Apocalipsis 4:11)

«Te alabaré, oh Jehová Dios mío, con todo mi corazón; y glorificaré tu nombre para siempre.» (Salmos 86:12)

«Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre.» (Salmos 34:3)